

## Benjamin Lee Whorf «Un modelo indio-americano del universo», en *Lenguaje, pensamiento y realidad*

Creo que es gratuito suponer que un hopi que sólo conoce su lengua y las ideas culturales de su propia sociedad, tiene las mismas nociones que nosotros sobre espacio y tiempo, nociones que a menudo se suponen son intuiciones universales. En particular, un hopi no tiene una noción o intuición general de TIEMPO como un continuum que transcurre uniformemente y en el que todo lo que hay en el universo marcha a un mismo paso, fuera un futuro, a través de un presente y procedente de un pasado, o, para cambiar la imagen, en el que el observador es llevado constantemente por la corriente de la duración, alejándolo del pasado, hacia el futuro.

Después de un largo y cuidadoso estudio y análisis nos encontramos con que la lengua hopi no contiene palabras, formas gramaticales, construcciones o expresiones para referirse directamente a lo que nosotros llamamos «tiempo», a conceptos tales como pasado, presente y futuro, duración, movimiento entendido como cinemática antes que como dinámica, o sea como un continuo traslado en el espacio y en el tiempo antes que como una exhibición de esfuerzo dinámico en un cierto proceso), ni siquiera para referirse al espacio en el sentido de excluir de él a ese elemento de extensión o existencia que llamamos «tiempo», de forma que por implicación pudiera quedar un residuo al que referirnos considerándolo como «tiempo». Así, pues, la lengua hopi no contiene referencia alguna al «tiempo», ni explícita ni implícita.

Al mismo tiempo, la lengua hopi es capaz de explicar y describir correctamente, en un sentido pragmático u operacional, todo fenómeno observable del universo. Por lo tanto, creo que es gratuito suponer que el pensamiento hopi contiene cualquier noción de este tipo, como la noción del «tiempo» que huye, de supuesto origen intuitivo, como tampoco se puede suponer que la intuición de un hopi le proporcione esta noción como una de sus informaciones. Al igual que es posible tener cualquier número de geometrías diferentes a la euclidiana, que den una información igualmente perfecta sobre las configuraciones del espacio, también es posible encontrar descripciones del universo, todas ellas igualmente válidas, que no contengan nuestros contrastes familiares de espacio y tiempo. El punto de vista de la relatividad, perteneciente a la física moderna, es uno de esos puntos concebidos en términos matemáticos, y la concepción universal del hopi es otra bastante diferente, no matemática y sí lingüística.

Así, pues, la lengua y la cultura hopi conciben una METAFISICA, como la que nosotros poseemos del espacio y del tiempo y la que posee la teoría de la relatividad; sin embargo, se trata de una metafísica distinta a cualquiera de las otras dos. Para describir la estructura del universo de acuerdo con el pensamiento hopi es necesario intentar —hasta el punto en que sea posible— hacer explícita esta metafísica, que en realidad sólo se puede describir en la lengua hopi, mediante significados de aproximación expresados en nuestra propia lengua, que, aunque son en cierto modo inadecuados, nos permitirán entrar en una consonancia relativa con el sistema que subraya el punto de vista hopi del universo.

En este punto de vista hopi desaparece el tiempo y queda alterado el espacio, de forma que ya no es el espacio homogéneo e instantáneamente independiente del tiempo perteneciente a nuestra supuesta intuición o a la clásica mecánica newtoniana. Al mismo aparecen en imagen nuevos conceptos y abstracciones al intentar describir el universo sin referirnos a esa clase de espacio o tiempo-abstracciones para las que nos faltan expresiones en nuestra lengua. Indudablemente, estas abstracciones nos parecerán de carácter psicológico o incluso místico, conforme nos aproximemos a lo que intentamos reconstruir para nosotros mismos con objeto de comprender la metafísica hopi. Se trata de ideas que estamos acostumbrados a considerar como parte o bien de las creencias llamadas animistas o vitalistas, o bien de esas unificaciones trascendentales de experiencia e intuiciones de cosas no vistas que son sentidas por la conciencia de lo místico o que se dan en la mística y (o) en el llamado sistema de pensamiento oculto. En la lengua hopi, estas abstracciones son dadas definitivamente, ya sea explícitamente en palabras —términos psicológicos o metafísicos—, o bien se hallan implícitas en la misma estructura y gramática de esta lengua, al igual que se pueden observar en la cultura y el comportamiento hopi. Hasta el punto en que lo he podido evitar conscientemente, no se trata de proyecciones de otros sistemas exteriores a la lengua y la cultura hopi, idealizadas por mí en el intento de hacer un análisis objetivo. Sin embargo, si MÍSTICO es quizás un término abusivo a los ojos de la moderna ciencia occidental, se tiene que decir que estas abstracciones y postulados fundamentales de la metafísica hopi están justificados pragmática y experimentalmente desde un punto de vista Ajeno al hopi y mucho más desde el propio punto de vista hopi, en comparación con el transcurso del tiempo y el espacio estático de nuestra propia metafísica, que en el fondo es igualmente mística. Los postulados hopis explican igualmente todos los fenómenos y sus interrelaciones y se prestan mucho mejor a la integración de la cultura hopi en todas sus fases.

Los fundamentos metafísicos de nuestra propia lengua, pensamiento y cultura moderna (y no hablo de la reciente metafísica relativista de la ciencia moderna, bastante diferente) imponen sobre el universo dos grandes FORMAS COSMICAS, espacio y tiempo. Espacio infinito, estático y tridimensional; y tiempo cinético unidimensional cuyo transcurrir se efectúa uniforme y perpetuamente; dos aspectos de la realidad totalmente separados y desconectados (de acuerdo con nuestra forma familiar de pensamiento). Además, al transcurso del tiempo lo convertimos en el sujeto de una división en tres partes: pasado, presente y futuro.

La metafísica hopi también posee formas cósmicas comparables a éstas, tanto en escala como en extensión. ¿Cuáles son? Impone sobre el universo dos grandes formas cósmicas que, en una primera aproximación terminológica podríamos llamar OBJETIVA y subjetiva. La objetiva comprende todo aquello que es o ha sido accesible a los sentidos, lo que de hecho es el universo físico histórico, sin ningún intento de distinguir entre el presente y el pasado, pero excluyendo todo lo que nosotros llamamos futuro. La subjetiva comprende todo lo que nosotros llamamos futuro, PERO NO SIMPLEMENTE ESTO; también incluye sin distinción todo lo que llamamos mental; todo aquello que aparece o existe en la mente o, como preferiría decir el hopi, en el corazón, y no se refiere solamente al corazón del hombre, sino al de los animales, las plantas, las cosas y todas las formas y materializaciones de la naturaleza en el corazón de la misma. Por implicación y extensión, un hopi difícilmente hablará de sí mismo, lo que ya ha sido notado por más de un antropólogo,

como consecuencia de lo cargado que está su pensamiento de temor religioso y mágico, aspectos que él considera se encuentran incluso en el mismo corazón del cosmos. El reino subjetivo (subjetivo desde nuestro punto de vista, pero intensamente real y dotado de vida, poder y potencia para el hopi) no solamente abarca NUESTRO FUTURO, una gran parte del cual es considerado por el hopi como predestinado en esencia, si no en forma exacta, sino también toda la mentalidad, el intelecto y la emoción, cuya esencia y forma típica es el esfuerzo del deseo lleno de propósitos y la inteligencia de carácter que tiende hacia la manifestación; una manifestación a la que se resiste y trata de demorar, pero que es inevitable de una u otra forma. Es el reino de la expectación, del deseo y del propósito, de la vida vitalizadora, de las causas eficientes, del pensamiento que piensa por sí mismo desde un reino interior (el corazón hopi) para llegar a una manifestación. Se encuentra en un estado dinámico, aunque no es un estado de movimiento; no está avanzando hacia nosotros encontrándose fuera de un futuro, sino que ya ESTÁ CON NOSOTROS en forma vital y mental y su dinamismo trabaja en el campo del acaecer o del manifestar, o sea desplegándose por grados, sin movimiento, desde lo subjetivo hasta llegar a un resultado que es el objetivo. Al traducir al inglés, el hopi diría que estas entidades en proceso de causalidad «vendrán» o que ellos —los hopis— «irán hacia ellas», pero en su propio lenguaje no existen verbos que correspondan a nuestro «venir» e «ir», que significan movimiento simple y abstracto, de acuerdo con nuestro concepto cinemático puro. Las palabras que en este caso se traducen por «venir» se refieren al proceso de acontecer sin llamarle movimiento; son «acontecere hacia aquí» (*pew'i*) o «acontecere de ello» (*angqö*) o «llegados» (*pitu*, en plural *öki*), refiriéndose, por lo tanto, a la manifestación terminal, a la llegada actual a un punto dado y no a cualquier clase de movimiento que haya precedido a la llegada.

Este reino de lo subjetivo o del proceso de la manifestación, que se distingue del objetivo porque este último es el resultado del proceso universal de aquél, también incluye un aspecto de existencia que nosotros incluimos en el momento presente (aunque en la lengua hopi se encuentra en el borde del reino subjetivo, todavía pertenece a él). Se trata de aquello que está empezando a ponerse de manifiesto, o sea algo que se está comenzando a hacer, como irse a dormir o empezar a escribir, pero que todavía no se encuentra en la fase de ejecución completa. A este aspecto nos podemos referir, y generalmente así lo hacemos, con la misma forma de verbo que se refiere a nuestro futuro (la forma ESPECTATIVA. En mi terminología de la gramática hopi), o bien para desear, querer, tener ánimo de hacer, etc. Así pues, este ángulo más cercano de lo subjetivo incluye una parte de nuestro tiempo presente, o sea el momento del principio, pero la mayor parte de nuestro presente pertenece, en el esquema hopi, al reino de lo objetivo y, por lo tanto, no se le puede distinguir de nuestro pasado. Existe, también una forma verbal, la INCEPTIVA, que se refiere a este ángulo de comienzo de una manifestación, pero a la inversa, o sea como perteneciente a lo objetivo, al ángulo en el que está contenida la objetividad; éste se utiliza para indicar comienzo o principio y en la mayor parte de los casos no hay diferencia aparente con la traducción del expectativo, de uso muy similar. Sin embargo, aparecen unos puntos cruciales que determinan unas diferencias significativas y fundamentales. El inceptivo, en relación con el objetivo y como resultado de éste, y no como el expectativo, relacionado con el subjetivo y la parte causal, implica el final del trabajo de causalidad en el mismo momento en que expresa el comienzo de la manifestación. Si el verbo tiene un sufijo que responde algo a nuestra pasiva, significa realmente que la causalidad incide sobre un sujeto

para obtener un cierto resultado, como por ejemplo en «la comida está siendo comida»; si a esta frase se le añade el sufijo INCEPTIVO de forma que se refiera a la acción básica, produce un significado de cesación causal. La acción básica se expresa en el estado inceptivo y, por lo tanto, está cesando cualquier causalidad que exista tras ella; así pues, la causalidad explícitamente referida al sufijo causal es lo que nosotros llamaríamos pasado y el verbo incluye esto y principio y final del estado (un estado de satisfacción parcial o total del apetito) todo ello en una sola exposición. La traducción sería «deja de ser comido». Sería imposible comprender cómo el mismo sufijo puede indicar comienzo y final, sin conocer antes la metafísica fundamental de los hopis.

Si tuviéramos que aproximar más nuestra terminología metafísica a los términos hopis, hablaríamos probablemente del reino subjetivo como del reino de la ESPERANZA. Toda lengua contiene términos que han llegado a conseguir una extensión cósmica de referencia, que cristalizan en sí mismos los postulados básicos de una filosofía no formulada, en la que se recuerda el pensamiento de un grupo determinado de gente, una cultura, una civilización e incluso una era. Tal ocurre, por ejemplo, con palabras como «realidad, sustancias, materia, causa» y, como ya hemos visto, «espacio, tiempo, pasado, presente, futuro». Uno de los términos de esta clase más traducidos en la lengua hopi es la palabra «esperanza» — *tunátya*— «está en la acción de esperar, espera, es esperado, piensa o es pensado con esperanza», etc. La mayor parte de las palabras metafísicas del hopi son verbos, y no nombres, como ocurre en las lenguas europeas. El verbo *tunátya* contiene en su idea de esperanza algo de nuestras palabras «pensamiento», «deseo», y «causa», palabras que a veces se tienen que utilizar para encontrar una traducción correcta. La palabra es realmente un término que cristaliza la filosofía hopi del universo en relación con su gran dualismo de objetivo y subjetivo; es el término hopi para subjetivo. Se refiere al estado de lo subjetivo, no manifestado, aspecto vital y causal del cosmos, así como a la fermentadora actividad que tiende hacia la fruición y la manifestación, con lo que expresa una acción de ESPERANZA, es decir la actividad mental-causal que siempre presiona hacia lo manifestado. Como sabe toda persona que conoce la sociedad hopi, el hopi ve esta actividad germinadora en el crecimiento de las plantas, la formación de las nubes y su condensación en lluvia, la cuidadosa planificación de las actividades comunitarias en materia de agricultura y arquitectura, así como en todas las esperanzas humanas, deseos, esfuerzos por algo y pensamientos, y la ve especialmente concentrada en la oración, en la constante oración esperanzadora de la comunidad hopi, asistida por sus esotéricas ceremonias comunitarias y su secreto, rituales esotéricos en las misteriosas *kivas*, oración que dirige la presión del pensamiento colectivo hopi y quiere pasar de lo subjetivo a lo objetivo. La forma inceptiva de *tunátya*, que es *tunátya*, no significa «comienza a esperar», sino más bien «se hace verdad lo que se había esperado». El por qué tiene que poseer este significado lógico se comprenderá claramente por lo que ya se ha dicho. El inceptivo indica la primera aparición de lo objetivo, pero el significado básico de *tunátya* es actividad subjetiva o fuerza; entonces, el inceptivo es el término de tal actividad. Se puede decir entonces que el «se hace verdad» es el término hopi para indicar lo objetivo, en contraste con lo subjetivo y que, por lo tanto, los dos términos no son más que dos diferentes matices de inflexión de la misma raíz verbal, al igual que las dos formas cósmicas no son más que dos aspectos de una misma realidad.

En cuanto a lo que se refiere al espacio, lo subjetivo es un reino mental, un reino de no espacio en el sentido objetivo, pero parece encontrarse simbólicamente relacionado con la dimensión vertical, siendo sus polos el cénit y lo subterráneo, así como con el «corazón» de las cosas, que corresponde a nuestra palabra «interior» en el sentido metafórico.

Correspondiendo a cada punto del mundo objetivo se encuentra un eje INTERIOR vertical y vital de esta clase, que es lo que nosotros llamamos el futuro. Pero para el hopi no hay futuro temporal; no hay nada en el estado subjetivo que corresponda a las secuencias y sucesiones asociadas con las distancias y el cambio de las configuraciones físicas que nosotros encontramos en el estado objetivo. El reino objetivo se extiende en toda dirección física partiendo desde cada eje subjetivo, que puede ser imaginado como más o menos vertical y similar al eje de crecimiento de una planta; sin embargo, estas direcciones están más específicamente tipificadas por el plano horizontal y sus cuatro puntos cardinales. Lo objetivo es la mayor forma cósmica de extensión; ocurre en todos los aspectos estrictamente extensionales de la existencia e incluye todos los intervalos y distancias, todas las series y números. Su DISTANCIA incluye lo que nosotros llamamos tiempo, en el sentido de relación temporal entre acontecimientos que ya han ocurrido. El hopi concibe el tiempo y el movimiento en el reino objetivo en un sentido puramente operacional —una cuestión de la complejidad y magnitud de las operaciones que conectan los hechos—, de forma que el elemento de tiempo no se separa del elemento de espacio que entra a formar parte de la operación, cualquiera que sea aquél. Dos acontecimientos del pasado ocurrieron hace mucho «tiempo» (la lengua hopi no tiene ninguna palabra equivalente a nuestro «tiempo») cuando entre ellos han ocurrido muchos movimientos periódicos físicos en forma tal que se haya recorrido mucha distancia, o que se haya acumulado una gran magnitud de manifestación física en cualquier otra forma. La metafísica hopi no se plantea la cuestión de si las cosas que hay en un pueblo distante existen al mismo tiempo que las cosas que hay en el propio pueblo, ya que es francamente pragmática en este aspecto y dice que cualquier «acontecimiento» en un pueblo distante sólo puede ser comparado con otro «acontecimiento» en el propio pueblo mediante un intervalo de magnitud que contenga ambas formas, espacio y tiempo. Los acontecimientos ocurridos a distancia del observador sólo pueden ser conocidos objetivamente cuando han «pasado» (o sea cuando han entrado en el reino de lo objetivo), y cuanto mayor sea la distancia, mayor tendrá que ser el «pasado» (más tendrá que ser elaborado desde la parte subjetiva). El hopi, con su preferencia por los verbos, en contraste con nuestra propia preferencia por los nombres, convierte perpetuamente nuestras proposiciones sobre las cosas, en proposiciones sobre los acontecimientos. Lo que ocurre en un pueblo distante si es actual (objetivo) y no es una conjetura (subjetivo) sólo puede conocerse «aquí» más tarde. Si no ocurre «en este lugar», no ocurre tampoco «en este tiempo»; ocurre en «aquel» lugar y en «aquel» tiempo. Tanto el acontecimiento de «aquí», como el de «allí» se encuentran en el reino objetivo, que en general corresponde a nuestro pasado, pero el acontecimiento de «allí» es el más lejano de lo objetivo, queriendo significar esto, desde nuestro punto de vista, que está mucho más lejos en el pasado, como también lo está en el espacio que el acontecimiento de «aquí».

Conforme el reino objetivo despliega su atributo característico de extenderse, alejándose del observador hacia esa impenetrable zona remota, que se encuentra muy lejos en el espacio y muy atrás en el tiempo, se llega a un punto en el que cesa de ser concebible la extensión en detalle, perdiéndose ésta en la vasta distancia; en este punto, lo subjetivo se desliza por detrás de las escenas y se funde con lo objetivo, de forma que a esta

inconcebible distancia del observador —de todos los observadores— existe un fin y un comienzo de las cosas, que lo rodea todo y donde se puede decir que la existencia misma oscila entre lo objetivo y lo subjetivo. Es el abismo de la antigüedad, el tiempo y el lugar del que se habla en los mitos, que sólo es conocido subjetiva o mentalmente, el hopi se da cuenta, e incluso expresa en su gramática, que las cosas dichas en mitos o historias no tienen la misma clase de realidad o validez que las cosas del momento presente, las cosas de la preocupación práctica. Como consecuencia de las grandes distancias a que se encuentran el cielo y las estrellas, lo que se sabe y se dice sobre ellas se hace en forma de suposición y de indiferencia —por lo tanto de un modo subjetivo—, y llega más a través del eje vertical interior y del polo del cenit, que a través de las distancias objetivas y de los procesos objetivos de visión y locomoción. Y así, el oscuro pasado del mito es aquel que corresponde a la distancia de la tierra (antes que a la distancia del cielo) y que se alcanza subjetivamente como mito a través del eje vertical de la realidad vía el polo de nadir —así, pues, está emplazado DEBAJO de la superficie presente de la tierra, aunque esto no significa que el país de nadir de los mitos primitivos se encuentre en una cueva o caverna, como lo podríamos entender. Es *Palátkwapi* «En las Montañas Rojas», un país como nuestra tierra actual, pero respecto al cual nuestra tierra contiene la relación de un cielo distante— y, de forma similar, el cielo de nuestra tierra está penetrado por los héroes de los relatos, que encuentran sobre ella otro reino similar a la tierra.

Se puede comprender ahora por qué el hopi no necesita utilizar términos para referirse al espacio o al tiempo como tales. En nuestro lenguaje, estos términos están refundidos en expresiones de extensión, operación y procesos cíclicos que prueban que se refieren al reino objetivo sólido. Están refundidos en expresiones de subjetividad si se refieren al reino subjetivo, al futuro, los aspectos psíquico-mentales, el período mítico y en general la distancia invisible y conjetural. Así, pues, la lengua hopi se expresa perfectamente sin tensiones para sus verbos.